

COMO SALIMOS DE LA DECADENCIA MORAL EN LA QUE ESTAMOS INMERSOS COMO SOCIEDAD.

Por Raúl Aguirre Saravia

En el año 2002 sufrimos una crisis que sacudió los cimientos más profundos de la sociedad argentina. Todos, tal vez por primera vez en nuestras vidas, nos sentimos inmersos en esa crisis que puso en duda valores, hasta ese momento no cuestionados en forma masiva, como la credibilidad de las instituciones del Estado, la legitimidad de los partidos políticos, de nuestros gobernantes y nuestro futuro como sociedad.

En ese revuelo los límites se hicieron mucho más difusos y en muchas oportunidades, nos pareció que ganaba la sensación del vale todo, del sálvese quien puede, qué será de nuestros hijos y de las futuras generaciones. Y en el 2014 qué?

Nos seguimos hundiendo como país sin haber sufrido terremotos o catástrofes de la naturaleza, sin tsunamis ni arrasados por volcanes; no fuimos ocupados por potencias extranjeras ni padecemos epidemias incontrolables. Nos sumergimos por propia voluntad al haber entregado por más de 40 años el timón de nuestra República a dirigentes malos o ineficientes. Marco el lapso de tiempo del inicio del último período democrático del cual somos responsables quienes hoy rondamos las seis décadas. No quiero referirme a las revoluciones ni a los gobiernos militares que precedieron esta etapa de vida constitucional.

Se sabe que los países no pueden avanzar en el caos en el cual hoy estamos inmersos y del cual un buen plan económico no nos va a sacar. Son las propias sociedades las que deben buscar remedios para los males que las aquejan y para encontrarlos, es indispensable realizar un trabajo de revisión interno. Lo mismo que ocurre con un ser humano a nivel personal.

Considero que nuestra crisis como país funciona como un cristal que todo lo magnifica, así que creo que lo moral también está siendo cuestionado. Un proyecto de sociedad incluye su dimensión moral que es propia del ser humano y que debe hacerse responsable de sus actos. La convivencia en una sociedad sin valores morales se rige por la ley del más fuerte. Esto lo hemos visto en todos los procesos dictatoriales. Nuestra sensibilidad como personas nos pide el reconocimiento de un otro. Ver a nuestros hermanos más humildes o vulnerables revolviendo las bolsas de residuos, a familias enteras que dependen de la basura que descartamos reclama de nuestras conciencias un comportamiento ético como sociedad, sino la comunidad no puede convivir en plenitud.

Algunos filósofos analizan el papel que hoy juegan las instituciones y admiten que los partidos políticos están desautorizados en su credibilidad, porque su estrategia busca

beneficiar exclusivamente a los que quieren llegar o perpetuarse en el poder, por el beneficio mismo que esto les ocasiona, sin buscar el bien común de la sociedad.

En cuanto a nosotros como ciudadanos, debemos comprender que la democracia no es sólo votar cada dos o cuatro años, sino ser responsables en cuestiones de calidad de vida por medio de una participación más comprometida, exigiendo acciones y resultados de nuestros gobernantes. Nos hemos quedado en una democracia solo electiva y no participativa. Somos aún inmaduros como sociedad.

Pensar que la Argentina cambiará si triunfa en las elecciones del año 2015 tal o cual candidato es de una inocencia y una banalidad inaceptables en hombres de derecho. Nadie es garantía absoluta del retorno a lo que alguna vez supimos ser como país. Considerar que una sola persona pueda modificar o que han destruido millones de ciudadanos por acción u omisión, es utópico e injusto.

Cómo salimos de este círculo vicioso, en el cual señalamos con el dedo a los otros y difícilmente hagamos una autocrítica valiente y sincera de nuestro accionar individual.

Recuerdo la lectura, durante la crisis del 2002, de un ensayo del checoslovaco Václav Havel llamado “El poder de los sin poder”, que pedía un accionar cívico más comprometido, rescatando la imposibilidad de progresar en lo político sin hacerlo también en el plano espiritual y ético. Hablaba del pluralismo, de la necesidad de generar grupos que compitan entre sí, limiten las acciones de los otros, y cooperen para beneficio mutuo. No a las posiciones que dividan en dos a la ciudadanía, sino adversarios que se enriquezcan entre sí con la diversidad del otro. Mencionaba que no podía existir una democracia sin demócratas, y éste sigue siendo el problema que no llegamos a resolver desde las elecciones de 1983.

No somos sencillos como sociedad. Somos desconfiados, individualistas, muchas veces soberbios, tampoco con valores y conductas firmes y comprometidas en el bien común. De esta realidad surge nuestra dirigencia, razón por la cual, cuestionarla puede ser considerada en forma consciente o inconsciente como una autocrítica.

Cuando nos referimos al pueblo siempre es un sujeto ajeno. Son los demás los que votan al kirchnerismo, los que eligen el subsidio al trabajo, los que no comprenden las consecuencias a largo plazo de estas ventajas. El pueblo es el ignorante, pero cuando por ejemplo tenemos por delante un fin de semana largo, no dudamos en irnos a la costa ni le recordamos a nuestros hijos qué fecha patria se está dejando de celebrar. No somos el pueblo pero actuamos de la misma manera.

El populismo manipula las masas pero nosotros nunca estamos masificados. Asumir que somos parte del rebaño sería un acto de humildad. Eso que suele llamarse “culpa” y que usualmente la tienen los demás a qué nos hace acordar? Decimos que la gente no sabe votar con la misma impunidad que nuestra actual Presidente le imputa a los grupos hegemónicos los males del país. En ese sentido, las distancias no son tantas y la brecha entre el vértice y la base de la pirámide se acerca.

¿Quiere decir entonces que ya estamos condenados? Depende, no sólo de la conducta de los ciudadanos un día de elecciones sino de una transformación muchísimo más profunda que poco tiene que ver con las ideologías, quién encabece las encuestas o resulte ganador en un comicio. Depende de la valentía y las ganas de vivir distinto que haya en nuestra ciudadanía, que incluye a cada uno de nosotros.

Desde el poder se trabaja para bloquear los caminos del pensamiento crítico, la iniciativa individual, el mérito, el esfuerzo genuino, la decencia y el imperio de las leyes. No cesan las iniciativas para llenar de trampas y moretones a nuestra tambaleante democracia, convertir a los legisladores en soldados obsecuentes y a muchos de nuestros jueces en siervos del poder.

El recordado tango "Cambalache" que tiene hoy más vigencia que cuando se escribió. Ya no sólo lo cantamos, sino que le ponemos más actualidad que nunca. "Hoy resulta que es lo mismo/ ser derecho que traidor,/ ignorante, sabio o chorro,/ generoso o estafador.../ ¡Todo es igual!/ ¡Nada es mejor!/ Lo mismo un burro/ que un gran profesor./ No hay aplazaos ni escalafón,/ los ignorantes nos han igualao."

La Argentina no carece de personas capaces ni de profesionales e intelectuales idóneos. No carece tampoco de la capacidad para pensar políticas públicas adecuadas para el mediano y el largo plazo. No carece de riquezas ni de recursos naturales. Pero hoy no tiene una infraestructura moral, de una sólida red de creencias mínimas acerca de lo que se puede o no tolerar en la vida pública de un país. Carecemos aún de este pacto básico, de un acuerdo para trazar límites precisos acerca de lo que se puede o no permitirnos como país.

Al carecer de esta clara línea de demarcación, nuestra sociedad tiende a ver como naturales los problemas más graves y a acostumbrarnos a convivir con ellos, en lugar de declararlos inaceptables y exigir su inmediata corrección y condenación. A esta falta de una infraestructura ética esencial para la sociedad, se suma la carencia de controles públicos y de políticas anticorrupción, en gran parte porque los órganos de control han sido cooptados o neutralizados por el actual Gobierno, así como de mecanismos efectivos de rendición de cuentas.

Necesitamos pensar en un acuerdo de valores que nos permita un cambio de conducta privada y pública. Nuestra educación ha sido devastada y eso nos ha impedido reaccionar como sociedad. El cambio tiene que empezar por cada uno de nosotros en forma individual, en nuestras familias, en nuestros grupos de amigos, en las organizaciones donde nos movemos. Desde la base podremos corregir el vértice superior de la pirámide, mientras tanto seguiremos en problemas.